

Algo acerca del concepto de diferencia

Janine Puget¹

Resumen: El presente trabajo se propone a pensar sobre el concepto de diferencias en varios contextos, en psicoanálisis, ya que es un tema poco tratado teóricamente. La autora trae inquietantes cuestiones relacionadas a la Práctica clínica, tanto en los tratamientos individuales como en los vinculantes, como parejas, grupos o familias, ilustrados con aportes de autores como Puget, Berenstein y Lewkowicz

Palabras clave: Ajenidad. Alteridad. Diferencia. Efecto de presencia. Otro. Vincular.

¿La diferencia o las diferencias?

Borges citando al obispo Berkeley dice recordar que “el sabor a manzana no está en la manzana misma – la manzana no posee sabor en sí misma - ni en la boca del que la come. Exige un contacto entre ambos (2001)”. Del contacto entre nosotros hoy debiera surgir algún gusto, curiosidad, dudas y la percepción de lo limitado de cualquiera de nuestras postulaciones.

Para ello dentro de los numerosos ejes posibles y para preguntarse acerca de *cuáles son las categorías útiles del psicoanálisis para pensar el vínculo con otro*, centraré mi aporte en el concepto de diferencia. Mi interés se debe a que la categoría de diferencia, clave para la teoría vincular, no pertenece como tal a la teoría psicoanalítica. Encontraré entonces puentes y obstáculos.

Desde el punto de vista vincular, la categoría clave – como recién lo señalé- es la de diferencia. En la teoría psicoanalítica resulta desglosada en una serie de diferencias que disuelven lo más específico y contundente de la

¹ Médica Psicanalista. Membro fundadora da Associação Argentina de Psicologia e Psicoterapia de Grupo (AAPPG). Membro Titular da Associação Psicanalítica de Buenos Aires (APdeBA).

diferencia en tanto tal. Pienso la diferencia desde dos categorías: la una como diferencia ontológica, radical, diferencia pura que corresponde a la definición de un otro y a la que se reconoce por las prácticas que de ella deriva. Y la diferencia que se establece a partir de rasgos y comparaciones, que tiene siempre un componente valorativo, siendo ésta la que fue contemplada por el psicoanálisis.

Quizá suene arbitrario, pero se verá que la diferencia con otro en tanto que otro y en tanto que *pura diferencia* no ha sido tratada explícitamente por la teoría psicoanalítica. Lo que sí ha sido tratado es la serie de diferencias que voy a consignar. La diferencia con un otro tiene allí un aspecto de semejanza, tiene un aspecto generacional, tiene un aspecto sexual, etc. Pero todos estos rasgos en los que se descompone la diferencia no nos entregan la diferencia en sí entre dos otros en tanto que puros otros. Más bien, tienden a encubrirlos. Pues la diferencia con otro es una diferencia radical, impredecible, irreductible al conjunto de los rasgos que caracterizan a cada una de las otras diferencias. Y la experiencia vincular revela que las dificultades para el trabajo no proceden solo del escollo de la diferencia sexual o de la diferencia generacional, o de la diferencia temporal, o de la diferencia específica con un semejante. Sino que proceden, si se puede hablar así, del núcleo duro de la diferencia, la diferencia pura, la diferencia a secas, la alteridad o ajenidad sin predicados de otro que es otro y con el que me encuentro vinculado.

Sin embargo en teoría psicoanalítica hemos visto los esfuerzos que realiza el aparato psíquico para inscribir, significar o pensar las diversas diferencias. En el campo vincular nos topamos con el esfuerzo que realiza este aparato para inscribir, significar o pensar *a partir* de la diferencia pura.

Consignaré algunos de los múltiples desarrollos y sentidos a los que dio lugar la categoría de diferencia en el psicoanálisis. Haciendo un rápido rastreo considero la diferencia

- Por oposición,
- Por contradicción,
- Por incompatibilidad.
- Por diversidad

Estas categorías dieron lugar a proponer los lineamientos de la constitución de aparato psíquico, de mecanismos, de estados mentales, de posiciones, diría Melanie Klein, de registros simbólico, imaginario, real, diría Lacan, de una psicopatología, de un proceso evolutivo, de una técnica.

Veamos sucintamente como empleó Freud el concepto de diferencias para postular algunas categorías básicas del psicoanálisis.

Diferencia entre el pecho de frente y el pecho lateral del cual surge un espacio (de angustia, malestar, horror [...]) que se recubre, vela, transforma, con el surgimiento del pensar y del juicio. De ahí el balance entre frustración, necesidad, deseo, motores para una producción entre dos.

Diferencia entre el semejante y el otro del cual surge también un *entre-dos* con diferente cualidad.

Diferencia entre pasado y presente del cual surge un método, una noción de historia propia al psicoanálisis, pero ahora diría que es necesario agregar un presente que genera pasado o como diría Borges un Platón que genera un Sócrates [...].

Per via di levare, recuperar una historia o visto desde mi hipótesis crear una historia que es la de un dado vínculo la que irá ocupando un lugar en el vínculo con su sello propio.

Diferencia de sexos de la cual surgen investigaciones sobre las teorías sexuales, el mundo infantil y por ende la sexualidad infantil, y con el agregado de la diferencia generacional se propone la teoría del Complejo de Edipo. De estas, en la teoría vincular la diferencia de sexo y la diferencia generacional surge una peculiaridad inherente a la vida amorosa referida a la vida sexual de una pareja, por ejemplo y como dicha vida sexual puede o debe ser producida por la misma. En este enfoque la diferencia sexual es vivida como complementaria. Un desarrollo ulterior introduce el concepto de vacío, de imposible encuentro, de falta [...] (Badiou, 1999).

Diferencia entre mundo interno/mundo externo, placer/displacer, placer/realidad de la cual surgen los principios binarios organizadores de la vida psíquica.

Diferencia entre realidad y fantasía del cual surge una primera reformulación de la sexualidad infantil en la Carta a Fliess. Y ahora diría que la tal diferencia se puede pensar como aquello que cada uno imagina posible y lo que entre dos o más sujetos se va produciendo.

Diferencia entre lo que el paciente proyecta y lo que es el analista de la cual surge la idea de transferencia en una de sus versiones.

Diferencia entre recordar, repetir y elaborar de la cual surge un método, un sentido de la cura.

Me pregunto hoy si la diferencia entre fantasía y realidad que permitió por ejemplo a Freud pensar en la teoría de la libido, en la constitución de la sexualidad infantil no fue lo que nos dio la oportunidad para diferenciar espacios de subjetividad o por lo menos abrió un camino.

Contemplo entonces vínculos donde prima la:

a) semejanza;

- b) complementariedad;
- c) suplencia², o sea cuando la presencia del uno agrega y en función de lo que agrega desmantela una organización que pudiera parecer cerrada, movimiento a partir del cual es imposible el regreso al ayer;
- d) suplementación³ cuando el efecto de presencia desorganiza una consistencia pero en este caso en función de un evento proveniente de un efecto de azar. A partir de dicha desorganización nada de la historia anterior queda con su misma significación;
- e) relación entre elementos heterólogos.

Cada una de estas modalidades llevan a trabajos psíquicos y vinculares mediante los cuales habrá que encontrar una solución cuando la diferencia:

- a) reenvía a lo semejante pero no a lo mismo;
- b) cuando la diferencia puede ser organizada como complementariedad;
- c) cuando la diferencia remite a un trabajo que enfrenta a cada uno de los sujetos a la alteridad del otro;
- d) cuando se trata de hacer un trabajo que depende de lo que puede ser pensado como alienado en cada uno y por lo tanto incognoscible.

Cuatro diferencias que habrá que tener en cuenta sostenidas por lo que las presencias imponen. Presencias que no desaparecen y sin embargo determinan la formación de una marca del orden de lo simbólico

En algunas situaciones en el transcurso de las cuales el trabajo psíquico sobre las diferencias se ve invadido u obstaculizado por la resistencia, la circulación de la imposición cualitativa se torna diferencia cuantitativa, siendo entonces este el momento donde aparecen en el material conceptos que dan cuenta de un abuso de poder según el cual la diferencia tendería a reducirse y a dejar de producir efectos subjetivantes. Si bien el tema de las resistencias vinculares merece un artículo específico no quería dejar de mencionar uno de los casos de resistencia a la subjetivación como puede serlo la violencia (Puget, 2000) en sus diferentes formas según el espacio donde se instaura.

Los encuadres vinculares plantean innumerables interrogantes para la clínica psicoanalítica y ello podría ser pensado como una de sus riquezas. No está todo dicho. Intentaré aquí dar cuenta de algunas ideas a manera de una guía en lo que concierne el estado actual de mis conocimientos.

Estos encuadres hacen ostensible la diferencia de escucha cuando una persona-sujeto habla consigo misma, cuando un paciente habla con su analista como

2 Este concepto proviene de Derrida si bien en este caso solo lo empleo para dar cuenta de un acto capaz de producir una perturbación en un conjunto que se cree cerrado (Tortorelli, 2000).

3 Tomo acá la concepción de Badiou (1999).

objeto de sus escenas fantasmáticas, cuando un paciente habla con un analista asumiendo que este es un otro. Y cuando dos o más personas hablan y se hablan en un mismo espacio-tiempo a partir del conocimiento que los otros tienen una cualidad de exterioridad.

Reconocer estas diversas cualidades es uno de los caminos que permite dar a cada dispositivo una cualidad propia y de esta manera aprovechar el potencial que cada uno ofrece. Es así como estableceremos la diferencia entre una sesión individual o llamada individual y una sesión de psicoanálisis de pareja, de familia o de grupo.

Vale la pena pensar la dificultad que ofrece el nombrar la sesión clásica a la cual llamamos individual. Tal vez se deba a que en este concepto esté encerrada parte de la problemática que quienes trabajan con encuadres vinculares intentan dirimir. Si por individual entendemos algo que concierne a un sujeto indiviso, es imposible que el concepto se adapte a lo que implica una relación entre dos sujetos. Lo individual remite a una serie de conceptos tales como integración, identidad, sí mismo.

¿Debemos denominar cuantitativamente a quienes ocupan el encuadre analítico? ¿Hay formas de denominar que ya aluden a cualidades vinculares? Cuando se dice *un solo paciente*, donde queda el analista? No pretendo ahora responder taxativamente a estas preguntas sino tan solo ir pensando lo que abarca un vínculo y el relato que de él surge al cual podemos llamar diálogo y lo que implica un monólogo o su otra versión: el monólogo dialogado.

Tal vez por lo que acabo de mencionar y pese a reconocer que cada encuadre tiene su especificidad, a medida que fue pasando el tiempo y elaboré algunas ideas, me fui dando cuenta que aún en una sesión llamada individual (bipersonal) había un lugar para la escucha del material proveniente de la presencia del analista en tanto un otro-sujeto. En este caso la escucha y el habla del analista ya no depende del lugar que le dan las proyecciones de su paciente de acuerdo a sus escenarios infantiles, sino que se constituye en función de un presente. En esta situación el analista retiene su cualidad de otro y hace *algo* con su analizando. Una cuestión que se abre a partir de este planteo lleva a descubrir cuáles son las prácticas que se originan como resultado de la presencia de dos sujetos: el analista y el analizando que van siendo tales en función de lo que los constituye, o sea determinadas prácticas.

Insinúo de esta manera que el analista será tanto objeto de una transferencia correspondiente a una relación que sucedió en algún otro lugar y en otro tiempo, así como el sujeto de una transferencia que tiene su origen en este mismo momento, que no es del orden de la repetición y que solo en un segundo tiempo

podrá asociarse a otras escenas. Esa transferencia da origen al vínculo analítico y nos llevó a Berenstein (2004) y a mí a introducir el término interferencia para dar cuenta de este funcionamiento.

Lo dicho hasta aquí equivale a pensar que cuando el analista escucha una sola persona que cree hablarle es probable que esta persona *se imagine* que transmite a quien cree que es un otro un monólogo interior que no solamente no es interrumpido por la presencia de ese otro, sino que aparentemente no debiera ser interrumpido. Este monólogo puede adquirir la forma de diálogo cuando el otro no es el sí mismo, se alimenta de recuerdos (me acuerdo que), de pensamientos (he pensado), de fantasías (atribuyo a [...]), todo ello sostenido por una creencia o convicción que las cosas o las situaciones son tales como las está viendo o sabiendo. O sea que lo que tenemos la costumbre de definir como relación de objeto, relación con los objetos internos y externos produce este monólogo dialogado. Pero en la medida en que tengo en cuenta que las sesiones individuales ofrecen también un encuadre capaz de constituir un espacio vincular, el analista tendrá que pensarse a sí mismo en tanto otro. De esta manera le cabe averiguar cómo incluirse en una sesión llamada individual, y ello le será posible si acepta que la sesión es un espacio donde se produce algo que solo puede pasar ahí.

Estas reflexiones me llevan a considerar que cuando dos o más sujetos se constituyen a partir de un espacio de intercambio, espacio que solo existe como efectos de presencia, nada de lo que es vivido en soledad podrá conservar el mismo sentido, la misma cualidad, ni tiene las mismas consecuencias en lo que concierne al proceso de subjetivación. Ello equivale a afirmar que los sujetos en tanto sujetos se crean y son creados en cada vínculo.

Insistiré para definir lo que entiendo por vínculo sobre el *efecto de presencia* entre los miembros del vínculo. Dichos efectos dependen de la cualidad de exterioridad y de incognoscible del sujeto y la misma se impone (más allá de la presencia en tanto realidad). Pensé entonces que dos o más sujetos se constituyen como tales cuando la diferencia existente entre ellos los produce en tanto dos o más sujetos heterogéneos. Es este efecto de presencia el que activa, en el mejor de los casos, el proceso de subjetivación, de constitución de un discurso, de un relato, es decir a partir del cual se crea una situación, un clima, que depende exclusivamente de quienes ocupan el vínculo.

Es a partir de esos efectos de presencia que se engendran prácticas específicas a ese vínculo. Estas permitirán habitar el vínculo en cuestión y ningún otro.

Se trata de producciones psíquicas que provienen de la necesidad de hacer juntos, de saberse sujeto de un vínculo⁴.

Por lo tanto el vínculo es efecto de presencia y le corresponden mecanismos propios a este tipo de situaciones.

Puedo discernir dos relaciones básicas referidas al tema de presencia (Lewkowicz, 2000)⁵.

- Hablo de presencia en tanto realidad que tiene que ver con una interioridad cognoscible.

- y de presencia en tanto ajenidad que tiene que ver con una exterioridad incognoscible.

¿Qué hacer con la idea tan importante en nuestras teorías concerniente a la necesidad de encontrarse semejante o igual a lo que llamamos un sí mismo? ¿No sería este el momento de descentrar esta idea y nuestras concepciones al respecto? Y, más aún, cuestionar fuertemente el status de esa afirmación.

Sólo intenten pensar cada uno de los que me lean si son *el mismo* en cada uno de sus vínculos en los cuales se constituyen en tanto sujeto de estos dichos vínculos. Y si son *el mismo* cuando se encuentran solo consigo mismo. Y más aún, será importante dar sentido a lo que significa *lo mismo*. No es fácil descentrar una concepción sobre la cual se ha fundado la mayor parte de nuestros modelos basados en una filosofía que nos llega de lejos y que ha permitido a Freud y a muchos de nosotros comprender el funcionamiento de la psique y concebir ciertos instrumentos terapéuticos tales como lo es la interpretación.

Descentrar no quiere decir abandonar. Pero el simple hecho de descentrar una hipótesis cambia su sentido y su valor en tanto instrumento terapéutico. Por lo tanto propongo que estos temas puedan ser temas de discusión en los distintos foros en los que se plantean cuestiones tan importantes como la constitución del sujeto y la constitución de los vínculos.

En base a lo dicho hemos centrado muchas veces nuestras intervenciones sobre la idea que el sujeto era *Uno* o debía devenir Uno debiendo poco a poco

4 La mayor parte del tiempo en los medios psicoanalíticos sucede que se me diga que se comprende muy bien lo que yo explico. O sea que una de estas entidades: vínculo y relación objetal, son desarrollo una de la otra. Esto equivale a anular el problema o en todo caso a no reconocer la complejidad de la cuestión. Así, no se trataría de dos entidades separadas que tendrían cada una su origen, pero simplemente, como ya lo hubiera dicho Freud, Lacan, Winnicott o Piera Aulagnier, no sería necesario pensarlo de esta manera. La discusión con cada uno de estos autores merece un artículo aparte y no es este el momento de hacerlo.

5 Comunicación personal.

encontrar cómo construir su identidad, integrar lo que estaba disperso en él, o, mejor dicho, integrar la famosa parte disociada de su yo, etc [...].

Es el Uno lo que valía y podía permitirnos reconocernos a nosotros mismos.

Pero resulta que la clínica nos enseña, y muchas veces nos demuestra, cuán insuficientes pueden ser nuestras hipótesis y además cuán falsas pueden ser. Peor aún, cómo de esta manera podemos llevar a nuestros pacientes a replegarse sobre ellos mismos y creer que el Mundo, aquel conjunto inasible, depende casi exclusivamente de su mundo interior y de los primeros años de su vida.

El trabajo con lo que llamo los nuevos pacientes, es decir las parejas, las familias y los grupos, hace extensible el obstáculo que representa el Uno. Y estos pacientes son nuevos porque difícilmente van siendo incorporados en la clínica psicoanalítica.

El Uno ⁶ tiene es místico en sus orígenes desde los primeros filósofos. Luego ubica al sujeto solo, en tanto dueño de un mundo, el suyo, llevando a hacernos creer que el hombre está dotado de una cierta invulnerabilidad concerniente a las imprevisibles alternativas de la vida y a las vicisitudes de su vida vincular.

El Uno nos permite creer que es posible construir una historia, la nuestra, independientemente de las alternativas de las diferentes situaciones en las cuales participamos.

El Uno nos permite creer que hay *un origen*, el nuestro, aquel a partir del cual hemos podido construir *una continuidad* simplemente agregando eslabones a una cadena.

El Uno nos permite creer que todo lo que somos no es más que el resultado de una evolución a partir de una primera raíz, la que poco a poco produce diferentes ramas. Y pese a que –por ejemplo- Bion concibe la transformación como un acontecimiento a partir del cual nada va a ser semejante a sí mismo, la idea de origen se mantiene pese a todo.

Teniendo en cuenta todas estas cuestiones, tenemos mucho para pensar, crear, conceptualizar, si desplazamos *el Uno, el origen y lo mismo*, y nos ocupamos de lo que se produce en cada vínculo, admitiendo en cada situación lo nuevo y lo imprevisible.

Habrás así que abandonar en tanto central las explicaciones o interpretaciones causales, o sea aquellas que conciben que lo que ocurre hoy puede explicarse a partir de ayer. Habrá que concebir que el pasado puede, en última instancia,

⁶ Es recomendable para ahondar sobre la problemática del Uno consultar el enfoque de Lévinas y por otra parte de Badiou, quienes tienen concepciones si bien diferentes, valiosas.

condicionar el presente, sin por ello explicarlo. Y que el presente se construye en cada situación según efectos que se originan como efectos de presencias.

Institucionalización de términos psicoanalíticos sin revisar

Cabe preguntarnos si cuando conservamos términos psicoanalíticos pensados para el encuadre individual y los trasladamos a la teoría vincular, lo hacemos porque realmente son pertinentes y conservan su mismo grado de eficacia o es porque nos instituyen como psicoanalistas. Considero que el concepto que más caracteriza esta tendencia es el de transferencia. La transferencia tradicionalmente transcurre en el espacio organizado por las diferencias mencionadas anteriormente, sexual, generacional, fantasía realidad etc [...]. Mientras que en el vínculo la transferencia emerge de la relación con otro producida por el efecto *otro* o sea el efecto de imposición o lo que hemos llamado con Berenstein el *efecto de presencia*. En el II Congreso de Familia y Pareja, mayo 2001, durante la discusión en un panel no se había mencionado el concepto de transferencia hasta que una de las personas lo hiciera. Uno de los concurrentes a la mesa se sintió enormemente aliviado porque, por fin, volvíamos a hablar psicoanalíticamente. Este ejemplo me dejó pensativa.

En los escritos recientes de algunos psicoanalistas que no trabajan con vínculos sino tan solo con la clínica individual noto cambios importantes los que sin embargo tienen más de vacilación que de corte. Por ejemplo en un relato que va a ser presentado en el próximo congreso psicoanalítico de Niza Jean-Luc Donnet (2001) propone pensar en el método psicoanalítico como capaz de producir una secuencia asociativa que posibilita un cierto saber el que a su vez tiene su peligro ya que el saber se torna programático. Este autor cuestiona el método por vía llevar el que llevaría a buscar algo que ya está. Llama a la transferencia la *aventura de la transferencia* y la hace depender del deseo de alienación inherente a la relación intersubjetiva [...] y advierte contra el peligro de las concepciones previas del analista. ¿Estará acercándose a la idea que el vínculo se constituye y constituye a sus miembros y que todo saber previo se torna ataque al Dos? No le hagamos decir lo que no dice pero tomé este ejemplo para señalar que algo se está moviendo y ello implica tener en cuenta la intersubjetividad. Sin embargo se esté moviendo no significa que el paso esté dado [...] lo que entonces significa es que por un camino u otro algunas categorías vienen siendo cuestionadas.

Con estas ideas voy a pasar al material clínico.

Una pareja que se analiza hace varios años conmigo, tiene la característica de discutir con violencia a partir de cualquier tema. Es previsible que algo pase

pero es difícil prever cuándo y por qué. Eso hace que cualquier clima puede interrumpirse cuando es innegable que hay los dos puntos de vista, revestidos de alguna cualidad misteriosa que se activan

Estoy introduciendo este material de una manera que retiene algo de mi propia resistencia a lo vincular y por ello quiero recalcar que utilizo la costumbre de presentar un material a partir de un pasado que supone una repetición. Se trataría de confirmar una hipótesis anterior y denegar un presente por conocer. No he evitado esta presentación a fin de llevarlos a pensar conmigo si esta presentación agrega algo al material que voy a presentar o, si por el contrario, nos predispone a escuchar en función de un pasado conocido y no en función de un presente por conocer.

La pareja llega visiblemente de buen humor pese a que él diga que se ha acostado tarde y que tiene un poco de sueño. Está trabajando de noche en una actividad que le complace, donde se encuentra con amigos y que lo lleva a acostarse tarde. Cuentan que han decidido, después de la última sesión, no continuar la discusión que había comenzado en cierto momento pues pensaban que no se las arreglarían solos. Saben que por momentos entran en un circuito según el cual cada uno impone su punto de vista y se sienten cada vez peor. Quieren tratar de acordarse del contenido de la discusión pero no hay caso. Sin embargo, quisieran continuar a partir de lo que se dijo en la última sesión.

Es evidente que saben que la sesión es un espacio otro en el cual debe producirse un sentido nuevo. Sin embargo sería del orden de la resistencia, la necesidad de establecer una continuidad entre la última sesión y esta. Intentan recuperar un imposible, los climas se crean a medida, el sueño del marido tal vez sea una manera de hablar del tiempo que ha pasado. Que si bien saben que hemos hecho un trabajo juntos, ello no asegura que lo podamos seguir haciendo.

Quieren contar lo que acaba de sucederles, si bien – dice ella - ya no se hace más mala sangre por ese tipo de cosas, dejándolas pasar. Pese a todo, cree que es importante. Esta introducción tiene algo de contradictorio o complejo, puesto que incluye una denegación y una valoración. Después de todo ella sabe que siempre se hace lo que él propone, pero ella ya no discute.

El incidente al cual alude se refiere a que estaban invitados a almorzar en casa de unos amigos, se les había hecho un poco tarde, y había dos caminos posibles para llegar al lugar del encuentro. Uno de ellos es más lindo, si bien más largo. El otro más corto.

El marido decide que tiene que pasar por el más corto porque ya se han retrasado. Ella no está de acuerdo y él intenta justificar su decisión en función de la hora. No quería llegar tarde: por lo tanto era evidente que el más corto era el mejor.

Ella piensa que eso no tiene importancia y que realmente, en un día hermoso, lo más importante es tomar el camino más lindo, sobre todo en esta época del año. No consiguen ponerse de acuerdo y el tono se torna cada vez más virulento. Ningún argumento lógico sirve. Absolutamente furioso y aparentemente resignada ella recuerda que su marido contó esta anécdota en la mesa, cuando llegaron a casa de los amigos e intentó establecer una cierta complicidad con los hombres de la casa. Todo eso lo dijo como si fuera una broma.

Les sugiero que este episodio proviene de la necesidad de articular armoniosamente dos criterios absolutamente diferentes. El uno tiene que ver con un criterio que homologa el camino más corto y el temor de llegar tarde. Y el otro, que tiene como eje lo estético, el más lindo.

Imaginan que hacer algo juntos quiere decir ponerse de acuerdo y que ello tiene algo del orden de lo imposible, sobre todo cuando intentan resolver la cuestión de esta manera. El malestar proviene de la dificultad que les despierta tomar en cuenta las diferentes maneras de pensar una reunión con amigos y que por lo tanto continúan intentando imponer al otro una solución, la que consideran la mejor y la única. Y a medida que ello sucede, el malestar aumenta dado que nada puede ocurrir. Si bien es cierto que ambos criterios parecen incompatibles también sería posible pensarlos como un caso de suplencia. El uno podría agregar al otro.

Insisten y cuentan otro episodio según el cual una diferencia de criterio los ha llevado a pelearse. Se trata esta vez de dos maneras de concebir los regalos para amigos. Para él hay que ofrecer objetos útiles, que sirven realmente para cualquier cosa, pero también dar la oportunidad a quien los recibe para que los pueda cambiar si el objeto no le gusta. Mientras que para ella hay que ofrecer algo que gusta y sea bonito, aún si son flores que puedan ser perecederas. Agrega de nuevo que ahora ya no dice nada, si bien la situación es absurda. Él se enoja muchísimo y de golpe el clima vuelve a ser lo que conocemos: imposibilidad de escucharse, desprecio, resignación.

Empiezo a hablar y digo *ustedes* para los dos. Y él me interrumpe prohibiéndome hablar en plural, dado que tienen posiciones absolutamente diferentes y que no va a admitir que yo diga que los dos tienen el mismo problema.

Si bien acepto que en parte tiene razón y realmente cada uno tiene gustos e inquietudes que les son propias, sin embargo creo que confunde tener gustos diferentes y hacer juntos. Y que en este momento los dos están conmigo habiendo creado entre nosotros un gran malestar. Que imaginan que habría una forma para reducir el problema a uno solo y que esto es una inquietud, un deseo que tienen en común.

Vuelvo a tomar el tema de la intimidad de ellos ligándola a la necesidad de ser uno solo y la imposibilidad de considerar que cada uno tiene una manera de hacer las cosas.

Esta interpretación recuerda un condicionamiento que tiene que ver con una historia infantil, sin por ello explicarla.

Podría ser que tengan dificultad en establecer un código común concerniendo lo permitido y lo prohibido y que cuando se dan cuenta que falta un criterio para establecerlo, uno de ellos tiene el sentimiento que se va a volver loco.

El pasado no explica el presente pero puede condicionar el malestar sufrido cuando tienen dificultades para gestionar la diferencia, cualquiera que sea. Ellos mismos asociaron la dificultad para comprenderse y tolerarse, con estos recuerdos de la infancia. Comprendí que en ese momento recuperar ese pasado podía ser del orden de la resistencia.

Entonces ella dice que su madre quiere hacer un viaje y llevar a sus nietos. Le parece ridículo que a su edad emprenda semejante viaje y jamás dejaría a sus hijos ir con la abuela.

Le hago notar que la abuela es ella y que su madre es, por lo tanto, una bisabuela. Agrega que, dado que su madre jamás se ha ocupado de sus propios hijos, es una manera de recuperarla llamándola abuela.

Él no ve inconveniente en relación con este viaje. Pero dice que si ella tiene un accidente durante el viaje no es tan grave pues es su derecho. Le hago notar la contradicción y aparentemente no me escucha. Después de todo hay que morir de alguna manera y ella tiene derecho de matarse como quiere.

Uno habla de una madre-abuela y él habla de una suegra. De nuevo se enojan y se irritan. Ella cree recuperar una madre.

Nuevos intentos de dar sentido a una diferencia generacional.

Cuando hablan del futuro la muerte aparece y ellos vuelven al comienzo de la sesión, donde expresaron el deseo de volver para atrás.

Confundir las generaciones sería para ella una manera de ser más hija que abuela. Y piensan que este tipo de discusión, que de golpe produce una terrible irritación, está en relación con la muerte de su vínculo: matar las diferencias entre ellos.

Para ella su madre elegiría su muerte, pero le devuelve una madre. Para él, su suegra es un peligro pero supone que habrá quien sepa gestionar este tipo de problemas. Se imaginan que su problema tiene que ver con ponerse de acuerdo obligando al otro a adoptar un criterio que no es el suyo y es probable que el viaje peligroso sea una buena metáfora de las sesiones.

Cuando hablo en plural él piensa que los confundo y cuando hablo en singular ella dice que no es compartido y después él lo utiliza contra ella.

Some thing on the concept of difference

Abstract: The work presented proposes to think about the concept of *differences* in various contexts, in psychoanalysis, once a theme that was rarely treated theoretically. The author brings disturbing questions in relation to Clinical practice, in individual and group treatments, such as couples or families, illustrated with contributions by authors like Puget, Berenstein, and Lewkowicz.

Keywords: Alterity. Difference. Entail otherness. Other. Presence effect.

Bibliografía

Badiou A. (1999). *La scène du deux*. De l'amour. Flammarion.

Berenstein, I. y Puget, J. 2004. *Implicancias e interferencias en la clínica vincular*. Encuentro con Janine Puget e Isidoro Berenstein. AUPCV, Uruguay.

Borges J. L. (2001). *Descifra el enigma de la poesía*. Conferencia en Harvard publicado en La Nación.

Donnet J. L. (2001). De la règle fondamentale à la situation analysante. 42nd Congreso Niza. Psicoanálisis, 23(1).

Lewkowicz, I. (2000). Comunicación personal.

Puget, J. (2000). Violencia en la vida cotidiana y su manifestación en la clínica. Conferencia en VI Jornada Gaucha de psicoterapias de Grupo: Violencias y Grupo. CEAPEG: Porto Alegre..

Tortorelli, A. (2000). Comunicación personal.

Copyright © Psicanálise – Revista da SBPdePA
Revisão de espanhol: William Boenavides

Recebido em: 08/08/2017

Aprovado em: 01/09/2017

Janine Puget
Paraguay, 2475, Piso 7
(CP 1121) CABA, Buenos Aires - Argentina
E-mail: janinepuget@gmail.com